



El color del tiempo de Clarisse Nicoïdski

Luis Paniagua

EN 1492 SE DECRETÓ LA EXPULSIÓN DE LOS JUDÍOS de las tierras españolas. Con ello, los Reyes Católicos cometían un acto brutal de antisemitismo en detrimento de la rica cultura hispánica. Desalojados, discriminados, maltrechos, en ocasiones lo único que les era permitido llevar consigo como patrimonio era un puñado de palabras: la lengua que llevaron a cuestas como cruz y como toldo. Las naciones que los alojaron después fueron Marruecos, Turquía y Portugal, entre otras. Esta última se mostró tanto o más cruel que España: en 1497 decretó que todo aquel judío que no se bautizara sería expulsado, con el agravante de no poder llevar consigo a sus hijos pequeños. Una gran cantidad, por este mismo motivo, se volvió “cristiano nuevo”.

Todo ese dolor, toda esa amargura, angustia y desesperación pareciera que se hubieran decantado, condensado en la lengua con la que partieron de España: la que ellos llamaban sefardí. Con frecuencia, los eruditos judíos de la diáspora siguieron escribiendo en los países donde se establecieron; en la mayoría de las ocasiones, el idioma que preferían era el español. Sin embargo, el grueso del grupo se asimilaba a las costumbres y a las lenguas de los países que los acogieron, guardando para el ámbito doméstico el idioma con el que habían salido de la tierra hispánica. Y así lo siguieron haciendo a través de los cinco siglos que han pasado desde entonces, logrando para esta curiosa modalidad del español ciertas características que lo hacen sumamente nostálgico.

Más allá de lo visto en las aulas sobre la lengua sefardí, mi contacto con la literatura relacionada era bien escaso: algún texto de Margo Glantz, Myriam Moscona y



El color del tiempo
Clarisse Nicoïdski
México, Sexto Piso, 2014, 120 pp.

su *Tela de sevoya*; *Delta de las arenas*, volumen de cuentos compilado por Rose Mary Salum, que reúne trabajos de autores mexicanos de ascendencia árabe y judía. Una visita rápida a las novedades de una pequeña librería me entregó un descubrimiento: *El color del tiempo*, de Clarisse Nicoïdski (1938-1996), editado por Sexto Piso. Su composición y factura sobrias me llamaron la atención. Me llevó a comprar el libro cierta pulsación; la cuarta de forros fue el anzuelo: “palabra de una lengua perdida / intento escucharte / cuando duermen los ojos con la cara al frente / cuando / no eres más que un barco al final de su viaje / nada más que una escritura muda”. Me intrigó su autora, de la cual no tenía noticia (además del subtítulo del delgadísimo volumen: *Poemas completos*). Por un impulso, decidí buscar en la *web* información referente a ella, la cual resultó ser sumamente escasa en nuestra lengua: la entrada en Wikipedia (en francés) daba datos de nacimiento, de parentesco y matrimonio; así como información acerca de su ejercicio literario: escribió un par de ensayos biográficos sobre sendos pintores, una historia de las mujeres pintoras, un libreto de ópera, pero fue más conocida por sus novelas eróticas.

Su obra, en fin, fue traducida a varios idiomas y es considerada por la crítica como la última poeta del judeo-español. Entro a la página de Sexto Piso y, de manera podría decirse que natural, se refuerza la última

afirmación: no sólo es la última, sino la más notable poeta del sefardí en el siglo xx. Como se ha dicho, Clarisse Nicoïdski fue en mayor medida novelista en lengua francesa. Por estas obras es que resulta mucho más conocida. Su obra poética, inhallable en español nos dicen los editores, responde a unos mecanismos mucho más minuciosos e íntimos (aventuro): la lengua del ámbito doméstico y familiar: el ladino. El escueto volumen no lo es en intensidad. Dividido en dos partes: “Los ojos Las manos La boca” y “Caminos de palabras”, es un recorrido vital por la sonoridad y la expresividad de esa variante del español que se quedó detenida en el siglo xv y que fue asimilando léxico y giros lingüísticos de los diversos países en los que se afincaron sus encriptados hablantes.

Al leer *El color del tiempo* queda la sensación de una nostalgia añeja, de una honda herida, de un arraigo atemporal a una patria lejana (la España que los expulsó, sí, pero también la lengua-madre/hermana-gemela que se quedó y que creció de manera distinta). Dice Salomón Gaón (1912-1994), presidente de la Federación Sefardí Mundial, en su discurso de recepción del premio Príncipe de Asturias que

Ay historianos ke demandan porké los Djidiós refugiados in Espania nunca olvidaron de su viejo país [...]. Ay solamente una respuesta: de todas las diásporas en kualas bivían dispersos el pueblo de Israel, solamente in Espania se kreó una época de oro. [...] Por esto se sintieron muy dolorozos kuando los izieron salir de la tierra onde bevían kasi dos mil años... Para mozotros los Djidiós, Sefarad mos aze rekordar el tiempo kuando nuestros padres bevían in Espania [...]

Se condensa, pues, en los poemas de *El color del tiempo* esa voz errante, desbalagada por el mundo y a la vez confinada a las alcobas familiares; pero además de ese dolor de siglos impostados, hay que señalar que nuestra autora vivió sus primeros años en medio de la Segunda Guerra Mundial; así que esa nostalgia que ve sólo la muerte y el espanto es el remanente de lo que

le dejó la infancia: “Atravesaron la guerra [sus padres] como tanta gente: sufriendo, escondiéndose, y al fin se salvaron con los dos niños que eramos a aquel tiempo. La más grande parte de la familia quedada en Yugoslavia fue exterminada por los Ustachis, aliados de los Nazis”. Así, la lengua “de la familia” y del “secreto”, como dice Nicoïdski, es también la del “espanto”.

En la sección “Los ojos”, esas “ventanas del alma” si de verdad lo son, no pueden mentir: “i comu mi sulvidaré / di vuestros ojos pardidus / [...] cuando di spantu / si avrian lus di lus muartus”;¹ así, los ojos son “estus pozzus sin fondo / ondi mi alma si afoga”.² La sección “Las manos” es una extensión de “Los ojos”, es decir, del horror: las manos que contagian el espanto que lo invade todo, las manos en las que se lee un destino demoledor: aún más espanto:

avrio la puarta
 cun sus manus
 incindió
 un fuego di spantu
 tumo il pan
 cun sus manus
 cumio
 una cumida di spantu
 tumo il agua
 in sus manus
 bivio
 un'agua di spantu
 i cuando avrio las manus
 maldi in ellas
 una mancha di spantu³

En “La boca”, también podemos ver cómo se prolonga este sufrimiento vital y lingüístico: la boca “aviarta /

¹ y cómo olvidaré / vuestros ojos perdidos / [...] cuando de espanto / se abrieron los de los muertos.

² estos pozos sin fondo / donde mi alma se ahoga.

³ abrió la puerta / con sus manos / encendió / un fuego de espanto / tomó el pan / con sus manos / comió / una comida de espanto / tomó el agua / en sus manos / bebió / un agua de espanto / y cuando abrió las manos / leyó en ellas / una mancha de espanto.


com'un pozzo / ondi mi podia ichar / sarrada / com'una puarta / cuando mataban in la cay”.⁴

No obstante, en el volumen hay poemas que son demoledores por su efecto contrario: logran poner en relieve “milagros cotidianos” (como los llamara Wislawa Szymborska, otra poeta que sufrió en carne propia la segunda Gran Guerra): “tus manus / supieron partir la nochi / amustrándumi las strellas”;⁵ es un ejemplo. De este modo, además del dolor de siglos, el sefardí también nos da testimonio de la entereza, la belleza y la felicidad. El texto que sustenta esto que digo es el que transcribo a continuación, en el cual se refutan los ocultamientos, las puertas cerradas y los miedos:

una manu tumo l'otra
 li dixu di no scundersi
 li dixu di no sararsi
 li dixu di no spantarsi

una manu tumo l'otra
 mitio un anú al dedu
 mitio un bezu in la palma
 i un puniadu di amor

las dos manus si tumarun
 aliviantarun una fuerza
 a cayersi las paredis
 a avrirsi lus caminus⁶

En palabras de Ernesto Kavi, el traductor de estos poemas, “Tal vez aún es posible atisbar, siglos después, toda la dulzura acallada por la historia; tal vez, al leer estos poemas, logremos restaurar el color del tiempo. ¿Qué habrá después? No lo sé. Quiero creer que el paraíso perdido no quedó atrás. Está adelante”. 

⁴ abierta / como un pozo / donde me podía arrojar / cerrada / como una puerta / cuando asesinaban en la calle.

⁵ tus manos / supieron abrir la noche / mostrándome las estrellas.

⁶ una mano tomó la otra / le dijo no te escondas / le dijo no te cierres / le dijo no te espantes // una mano tomó la otra / puso un anillo al dedo / puso un beso en la palma / y un puñado de amor // las dos manos se tomaron / levantaron una fuerza / para tirar paredes / para abrirse los caminos.